

Contingencias históricas en la teoría de la explosión demográfica

Escribe: LUIS VIDALES

Las citas que figuran en el presente artículo se tomaron del estudio *Los orígenes de la anti-concepción en Francia*, del profesor M. Philippe Ariés, publicado en la revista *Population*, del Instituto Nacional de Estudios Demográficos, París, Nº 3, de julio-septiembre de 1963. Encontré oportuno comparar estos hechos con el acontecer económico social que les fue contemporáneo. Tan generalizada como sea mi exposición, estimo que ella puede, al menos, suministrarnos el temperamento para un nuevo enfoque de la explosión demográfica, que tanto predicamento levanta en nuestras preocupaciones actuales. Al menos, de mi parte, no es posible descartar este análisis del estudio de un problema nada sencillo, y sí muy complejo, que cubre frecuentemente las caras de la prensa del mundo, y ello es lo único que justifica mi firma al pie de estas notas fugaces. L. V.

En vista de que la *Divina comedia* es obra altamente "política" que nos permite conocer no poco de la sociedad del medioevo, se suele recurrir a ella en demanda de información sobre usos y costumbres de entonces.

Quienes van a abreviar a esta fuente en que realidad, poesía y misterio se entrelazan asombrosamente, no salen defraudados. El hecho de ser una creación cuyo marco obligado fue el de la única ideología empleada por la sociedad, la religiosa, le confiere un rango de testimonio fiel, en momentos en que la escolástica registraba las transiciones operadas en la mentalidad social, bajo el espoleo de las fuerzas económicas, en claro proceso de desarrollo.

Es esta la razón de más peso para que la poderosa alegoría de Dante se preste al buceo no solo de los factores que en ella se hacen tangibles sino, por substracción de materia, de aquellos que no figuran allí, puesto que tanto unos como otros poseen igual validez para otear sobre la fisonomía social de la Edad Media.

En este sentido preciso no ha dejado de llamar la atención que hecho tan protuberante como el de la anticoncepción no tenga cabida ninguna, ni siquiera alusiva, en la obra de Dante. Siguiendo mansamente la moral

escolástica, el poema dedica a los atenazados por la lujuria, a los que vemos en los primeros círculos del infierno y, separadamente, a los homosexuales o "frígidos", lo cual, de atenarnos a la disciplina moral del catolicismo, históricamente contraria al control de los nacimientos, puede revelar una ausencia de esta preocupación, en tanto que hecho social, en el período en que el sutil espíritu de Dante queda impreso en los maravillosos tercetos.

Porque parece ser que tanto esta "idea" como la técnica puesta en ejecución para mutilar la fecundidad demográfica, varían según el período social y económico por que atraviesa la comunidad.

En el lapso que a Dante correspondía vivir, el "tempo" social es de tránsito, vale decir, de ambivalencia de dos mundos, pero en que los rezagos del viejo son impetuosamente acosados por las transformaciones y luchas que se operan en la vida práctica de la sociedad.

Si nos asomamos con ojos desprevenidos pero atentos al fondo de esas estructuras que encabezan las trasmutaciones, veremos claramente la voluntad de un afianzamiento público del hombre, bien por la presencia de una nueva clase social, la burguesía, aparecida en el seno de las corporaciones, bien por los asomos de rompimiento de la vieja cáscara del servilismo, hacia una meta humana: la del "trabajo libre". Y en estas condiciones, no era propiamente la anticoncepción aquello que podía tener carta de ciudadanía sino que, exactamente a la inversa, la nueva sociedad, así fuese aún nebulosa, tenía la pensabilidad de que debía ser abastecida con abundancia de hombres.

De esta guisa, es posible alentar el criterio de que la cuestión anticonceptiva es una "categoría histórica", entendiendo por esta expresión aquello que tiene arraigo o no posee ninguno, según sean los factores del entorno social, y que, por lo tanto, lo mismo ha acompañado las preocupaciones del hombre, que no ha entrado para nada en ellas, al través de toda su historia, no siendo, en consecuencia, una exclusiva inquietud de la época actual.

Las agrupaciones artesanales de Europa comienzan su largo proceso de acumulación estructural a partir del siglo V. Dos centurias después, y por tres de estas, hasta el IX, existe la tendencia a evitar los nacimientos. Son comprobantes de esta práctica las llamadas "penitenciales", en las que la Iglesia Católica las incluye dentro de las "perversidades sexuales". No obstante, ya para la época de Dante la iglesia guarda riguroso silencio y la escolástica igual; el poeta, ya lo hemos visto, también. ¿Podemos interpretar este mutismo como la ausencia de una necesidad de interdicción en un mundo que no deseaba practicar controles sobre la fecundidad? Las grandes luchas de la manufactura y la imposición del trabajo libre en pleno siglo XIV pueden guardar la respuesta adecuada a esta pregunta.

Josué de Castro ha comprobado un fenómeno que la estadística corrobora desde mucho antes de sus luminosos estudios, tocados del sentido

paradojal que acompaña a la historia (la humana y la otra) y por lo mismo de irrefragable justeza: que en los medios del campo y, en sentido más lato, de aquellos subalimentados, la proliferación de la especie hombre suele ser más impetuosa que en otros. Ello es cierto hoy, y lo fue siempre.

Al incentivo del hambre, debe agregarse otro factor coadyuvante: el del desarrollo sin cortapizas en los ámbitos sociales del campo, en donde las técnicas familiares no existen y la observancia religiosa ejerce control superior al de los nacimientos. En estas condiciones, la creencia de que la educación conduce a una disciplina de la concepción tiene todas las trazas de ser un espejismo que, de paso, arrasaría tras de sí las profundas convicciones religiosas del pueblo.

En cuanto a las áreas urbanas, no propiamente por la posesión de técnicas que permitan controlar la familia, sino insuperablemente, por los fenómenos del entorno social, basta que se den las condiciones de una problemática, por crecimiento morbosó del foco urbano, para que se aplique la anticoncepción, cosa que siempre ha ocurrido, así en el mundo antiguo como en el actual. En las agrupaciones humanas del bajo imperio, no tan densas y ricas como se cree pero sí constreñidas por los cercos infranqueables de las posesiones campestres, a los que se deben en mucho las angustias y soluciones del medioevo, se practicaba la contracepción, lo mismo que ahora en los dilatados dominios atiborrados de gente de las ciudades mayores, sin discrepancia ninguna.

Es muy diciente que sea en el siglo XVII cuando entran en vigor los procedimientos anticonceptivos en los países de Europa, después del mutismo del medioevo a este respecto, por una razón muy sencilla: Porque ello coincide con los fenómenos económicos, sociales y políticos que conmueven la centuria barroca. Para nuestro enfoque, es suficiente con señalar aquel hecho estelar acaecido en Europa por la afluencia a las ciudades de entonces de una mano de obra, liberada del campo, que, si no era colosal, resultaba por lo menos mucho mayor que aquella que el marco de la economía podía abrigar en su seno, de suyo muy restringido, lo que ocasionó los grandes trastornos que recorrieron a Europa, la "hambruna" y hasta el "sabor a ceniza" que se apoderó de la cultura en todas sus manifestaciones y, con ello, la separación de esta de las fuentes nutricias del pueblo, con expresiones tan claras de enrarecimiento mental como el marionismo, el eufuismo, el culteranismo, etc., en la poesía y la prosa, y el barroquismo en la plástica.

Es en aquella Europa en combustión del seiscientos (como se sabe el espíritu matinal del Renacimiento no pervivió sino una treintena de años) que, al par con los acontecimientos del entorno social, comienzan a ser difundidas las normas a fin de "evitar el hijo".

Dos autores franceses, François Patrice y Gilles d'Arigny, suministran los más variados datos para la lucha contra la fecundidad en su *Libro de la policía humana*, publicado en 1549, y apelan nada menos que a Hipócrates, cuya fórmula anticonceptiva, además de curiosa, encarna una revelación sobre la práctica de la anticoncepción en su tiempo. Héla aquí: "Salir

a caminar y saltar todos los días, durante siete, al cabo de los cuales el semen sale envuelto en una delgada tela parecida a la débil piel de un huevo”.

Estos dos precursores seiscentescos son sin embargo todavía tímidos. Tan solo se atreven a esbozar que, además de lo aconsejado por el impoluto Padre de la Medicina, y por ellos, existen otros procedimientos, de cuya explicación se consideran exonerados “por ser muy sucios para dichos” y, cautamente, hablan todavía de los “abusos”, a los que califican de “perversión sexual”. Brantome, el famoso maestro de las anécdotas, va más lejos que ellos: Cuenta de un médico conocido suyo habituado a dar antidotos a las niñas aún no casadas, para esquivar la ingravidez, y, muy campante, nos comunica que su propia hija “se casó galantemente después del aborto, sin que el marido advirtiese la menor traza” de lo acontecido. En cuanto a Montaigne, también folclorista sexual de su tiempo, nos dejó escritas estas palabras: “Las muchachas escamotean diariamente los hijos, lo mismo en la generación que en la concepción”.

Este ambiente antigerminial se afirma progresivamente, no solo en Francia sino en los países decisivos de la llamada “civilización de occidente”, siempre en grave y exacta correspondencia con los grandes conflictos que atraviesan esa centuria en que la burguesía no detenta aún el poder político de la comunidad. El asco, la burla, el menosprecio por la mujer en cinta llegan a ser de buen recibo en el ámbito social. La poesía caricaturiza a la mujer que sobrelleva la preñez, y entre esta y la dama se establece un abismo mortal en la consideración y el trato humanos. La preocupación por desalentar la fecundidad llega incluso a las artes plásticas. Se cita como ejemplo el mordaz grabado de Bonnard *La caquet de fammes*, reproducción de un alumbramiento, con estas dos cuartetas al pie:

“La comadrona:

*Qué bello niño teneis.
Me embarga un placer muy vivo.
¿En nueve meses, podeis
hacer de nuevo lo mismo?*

“La parturienta:

*¡Qué andais diciendo, comadre!
Yo solo ansío morir.
Así me plazca ser madre,
menos me place sufrir”.*

La propaganda contra la maternidad, relente de las ideas en boga sobre el exceso de población, toma en ocasiones un color más subido. Como las demás manifestaciones del arte, la poesía no escapa a estos contagios sociales, así se la haya juzgado en más de una vez capaz de permanecer indemne a ellos. En las “Chansons” de Coulanges, en boga hacia 1694, se encuentran coplas como estas, nada menos que “Dedicadas a la Condesa de...”:

*"Mi pobre hermana, él está urgido
por dar a tu vientre gran gordura.
Cuando regrese tu marido
que vaya a ver a la Cornuda".*

*"Nada más encantador
que oír los chicos en guerra:
"papá, mamá", y el otro llora
después de inflado en la teta.
Y por buscar entretenimiento
estás más flaca que una perra".*

Hay un momento, en el siglo XVII, precisamente aquel que corresponde a los sobrantes de mano de obra disponible, aflujo a las ciudades y "hambruna" (las gentes caen muertas en la calle, de física inanición) en que se hace común la idea de que estos males provienen del exceso de población, y en consecuencia, cuanto aquí hemos citado forma parte de la práctica rabiosa por combatir el mal de raíz.

No obstante, hay una excepción. Para la Escritura y los padres de la Iglesia el evitar la procreación fue siempre, y entonces también, un acto de perversión sexual.

Toda esta corriente subterránea es la que hace irrupción, a partir del siglo XIX, en el maltusianismo, basado en el aparente contraste "producción demográfica versus producción de la naturaleza".

Teorías de esta envergadura deberían, para ser lógicas, conducir a la erradicación de toda forma de poligamia, si es que se entiende por esta una institución demográfica constituida por las necesidades de acrecentar la fuerza de trabajo de la comunidad, tal como acaeció siempre en los pueblos primarios, en el seno del clan. Deberían, por lo mismo, comenzar por el afincamiento de la institución monogámica de la familia, como una forma de ordenación, de "marco", para usar la jerga estadística, a fin de racionalizar el control de los nacimientos. No es así, sin embargo, en una sociedad de nomadismo sexual como la nuestra. Como lo decía Tertuliano, en la sociedad que hace de la propiedad privada un principio sagrado, sobre la cual rota, la mujer, no obstante, es la única propiedad común.

Tal como lo dice el demógrafo francés Jean Crocquevieille, la poligamia dejó de ser progresiva en los pueblos likuala, del Congo Medio, ya que la tasa de natalidad fue allí para 1950-51 del 25 por mil, cuando en una Europa poligámica normal ella hubiera alcanzado a un 60 por mil. Pero, ¿qué ocurre? Sencillamente que la tasa de mortalidad rebasa el 30 por mil, y la esperanza de vida, al nacer, ni siquiera llega a los 30 años. Bajo la expoliación colonial, los jóvenes en edad de procrear no son aptos, por el mero impedimento económico, para el mantenimiento de la familia poligámica, y por lo mismo, para la gestación demográfica.

Pensemos por un momento en estas dos series de casos: la de los períodos en que se alienta el criterio de que sobra población en el mundo y se tiende a la eliminación de una parte de ella, como norma de salud social,

y la de aquellas situaciones particulares en que la poligamia es sometida a una regresión demográfica por influjos externos, tal como ocurre en los pueblos likuala y otros del Africa. ¿No aluden estas series, unas y otras, a circunstancias de la envoltura económica y social de la comunidad?

Cualquiera que sea la respuesta a esta pregunta, un hecho es cierto. Después de las luchas anticoncepcionales del siglo XVII, la población del mundo avanzó hasta los mil millones de habitantes en 1830. Un siglo después, bajo la prédica maltusiana, esta población alcanzó la cúspide de los dos mil millones de habitantes y siguió impertérrita su desarrollo hasta llegar a los dos mil seiscientos millones actuales. La conclusión que debe extraerse de ese fenómeno no parece difícil. ¿Hasta qué punto han sido fallidos los esfuerzos, intentos, teorías, prácticas, frente a este tenaz crecimiento? Y, por lo mismo, ¿hasta qué punto será inútil en nuestros días la lucha encauzada por nuestra explosiva teoría contra la explosión demográfica? He ahí algo que invita a pensar.